

ró de nuevo un odio implacable, y contó con esterminarnos, valiéndose de los instrumentos de venganza que tenía en su mano. Empezó á cumplirlo así en el 20 de junio, y acaba de desempeñar en parte su juramento en el 21 de enero. Prevén, Felipe, tus puñales y afila las cuchillas de tus sayones, pues todavía te quedan cabezas que cortar: el hijo de Luis XVI aun respira, y tú no reinas. »



## NOCHE UNDÉCIMA.



Esta es, dijo la reina despues de la lectura del manuscrito que acabo de extractar, esta es una de las principales causas de la revolucion, y la que mas ha perjudicado á mi persona. Me hago cargo de que en el punto de fermentacion, en que los enciclopedistas y economistas habían puesto los ánimos, era ya imposible que la crisis, de que debía resultar una gran mutacion, no asomase tarde ó temprano, para aclarar los problemas filosóficos que habían dado tanto que discurrir. Pero sin la reunion accidental de la flojedad del rey, de la competencia suscitada entre su hermano y el du-

que de Orleans, y sin que yo hubiese tenido la inconsecuencia de tratar con ligereza los negocios mas graves, y con ahinco los mas frívolos; no solo se hubiera dilatado la época de las innovaciones, sinó que verosímilmente no hubieran salido á luz las pasiones viles y feroces, que la corrupcion engendra en las grandes sociedades, como los vapores pestilentes que se exhalan del cieno revuelto de los pantanos. Conservada la corona, se hubieran cercenado los abusos que la deshonran, aumentándose por el contrario el patrimonio de sus utilidades y beneficios. Las leyes fundamentales del estado, sin las cuales se asemeja á un edificio falto de cimiento y de argamasa, se hubiesen establecido sólidamente: el poder ministerial, ceñido á sus justos límites, hubiera sido la acción viva y responsable de la ley: sin recurrir á impuestos, gravosos pa-

ra los pueblos y de poco provecho para el Gobierno, se hubiera llenado poco á poco el enorme descubierto en que se hallaba el estado: la moderacion en el sistema diplomático habría engendrado ménos competencias y ménos guerras; y respetada por las demas naciones, y bien hallada en su interior, la Francia hubiese llegado á ser la morada de los talentos, de las virtudes y de la felicidad. Tal viene á ser, si no me equivoco, el bosquejo de un Gobierno verdaderamente republicano, el cual no siendo otra cosa que la humanidad universal, ó la fraternidad evangélica, difundidas en el órden social, puede muy bien existir teniendo al frente un rey, como nos lo demuestran Esparta y Roma; pero es imposible que subsista sin honor y sin virtudes. En lugar de esta perspectiva consoladora, la mano de una furia desenfrenada está trazando en la

Francia con sangre y lodo el cuadro, en que somos al mismo tiempo actores, espectadores y víctimas. La tiranía, semejante á aquel árbol, cuya sombra causa la muerte, se ha arraigado en Paris y en las ruinas de un Gobierno, lleno quizá de abusos, aunque fáciles de rectificar, y estiende sus ramas funestas de uno á otro extremo del territorio frances. O blasfemia ridícula! condecoran este sistema de opresion con el dictado de república; al mismo tiempo que la nacion está encadenada, entonan cánticos á la libertad; el asesino pronuncia con su boca ensangrentada la salutacion fraternal; y el dulce nombre de IGUALDAD se lee en la fachada del palacio de los déspotas de la Francia. Disimule Vd. esta digresion y estas exclamaciones, pues nadie debe llevar á mal que suspire un agonizante. Vuelvo á la relacion de las circunstancias en que he intervenido

particularmente despues de la muerte de Luis xvi.

Dos comisionados de la municipalidad tuvieron el encargo de noticiármela. Uno de ellos era el famoso Hebert, á quien la naturaleza, por una contradiccion en que afortunadamente no incurre á menudo, dotó de una alma furibunda y sanguinaria, encubierta bajo el exterior mas agraciado. Mis niños y mi hermana estaban reunidos al rededor de mí, cuando él y su compañero entraron en mi cuarto. Harto cerciorados de la suerte de mi esposo desde la víspera, en que habíamos recibido su despedida y sus últimos abrazos, gemíamos y llorábamos incesantemente; la esperanza sin embargo moraba todavia en el corazon de Isabel y de mis hijos. No, hermana, me decía aquella, no; jamas se atreverá la mano sacrilega del verdugo á profanar

la cabeza de mi hermano. Han querido mostrarle de lejos el cadalso, para convencerle de que los reyes no son mas que unos hombres; pero saben muy bien, que ese hombre que fué rey, no es delincuente. Le devolverán á los cariños de su familia; y conceptúo que este mismo estremo de desventura en que nos hallamos, nos va abriendo la puerta para llegar á la felicidad. Sí; nuestro cautiverio se está terminando; y si nos faltan la grandeza y la pompa del trono tras la infamia de esta cárcel, saldremos á lo ménos para disfrutar el sosiego de la medianía. — De este modo aquella alma angelical, incapaz de concebir el delito y de sospecharlo en los otros, se adormecía en una seguridad engañosa. La mia, ménos alucinada, carecía de tranquilidad, y mi vista asustada iba repasando las épocas memorables de la revolucion,

comparándolas á los actos de una tragedia, cuyo asunto fuese la conspiracion de los ambiciosos contra la existencia de un trono y la vida de un rey. Nos acercábamos á la catástrofe; y juzgando de lo presente por lo pasado, todo me representaba á mi esposo debajo de la cuchilla fatal, sin que nada pudiese salvarle. ¿Acaso Orleans se había desprendido de su inaudita vileza? ¿Robespierre de su espantosa dictadura? ¿la municipalidad de su despotismo sanguinario? ¿y la Convencion de su embriaguez ambiciosa? ¿Había el pueblo recobrado su poder, y se preparaba, como verdadero soberano, á destronar á sus opresores? No; los tiempos no habían variado, ántes bien el trono de hierro de los asesinos se iba consolidando en medio de la sangre; y la de un monarca debía contribuir mucho para su seguridad.

El aspecto de Hebert y su silencio confirmaron estos presentimientos horrorosos, pues por más empedernido que estuviere su corazón, no pudo ver sin conmoverse á la hermana y los hijos de su rey, que postrados á sus piés se los bañaban en lágrimas, y le estaban pidiendo á un hermano querido y á un padre adorado. Yo entre tanto en pié, inmóvil, y con los ojos puestos en el cielo, culpándole del abatimiento de mi familia y de la insolencia de nuestros verdugos, estaba aguardando que este se esplicase. Lo hizo por fin con una moderacion que no era de esperar de semejante hombre; pero no bien profirió aquellas palabras fúnebres, *Luis no existe*, cuando fué testigo de un espectáculo digno de eterna compasion. Mi hermana y mi hija, rendidas por el extremo de su quebranto y de su ternura, cayeron mor-

tales á los piés de Hebert; mi hijo fuera de sí, se arrojó á mis brazos, ahogado por los sollozos y sufocado con sus lágrimas. Yo pensaba que se había agotado el manantial de las mías; pero al sentirme bañada con las de mi hijo, corrieron de nuevo, y se fué amortiguando el furor que ardía en mi pecho. Esta situacion, que duró mas de una hora, hizo prorumpir en suspiros, y aun creo que en lloros, á los feroces satélites de los asesinos; y Hebert nos dejó, indignado de reconocerse todavía sensible.

¿Cómo he de espresar, y con qué colores puede pintarse, lo que pasó, cuando Isabel y mi hija volvieron en sí? Por el pronto no se oyó mas que una confusa gritería de lamentos, alaridos y suspiros: enagenadas con el delirio de nuestra pena, prorumpimos en imprecaciones, para dar algun desahogo á nuestro afligido co-

razon. La apacible Isabel, cuyo carácter, inalterable hasta entónces, no podía estarlo á la vista de un atentado tan horrible, repetía los votos que me dictaba mi ciego furor. ¡Ojalá, decíamos, esta cobarde y alevosa ciudad, que en cada monumento ofrece la memoria de un delito, quede en breve borrada del universo, pues lo está deshonrando; y si el hierro vengador de los estrangeros no puede asolarla, destrúyase ella misma con sus desavenencias interiores! ¡Así los asesinos de un monarca desventurado se devoren mutuamente, disputándose el poder usurpado; y así renazca sobre sus cadáveres palpitantes la autoridad legítima, que por tanto tiempo hizo feliz á la Francia!

Poco á poco se fué mitigando el dolor de nuestras llagas: la ternura candorosa, el habla suave y los halagos de mis hijos, trocaron nuestro

desconsuelo en una profunda melancolía. Nos oprimía la tristeza; pero era aquella tristeza llevadera y penetrante, que es el pábulo de las almas sensibles. Nuestros ojos derramaban siempre lágrimas; pero estas no carecían de satisfacción; y á veces una agudeza de Carlitos, ó el natural candor de mi hija, hacían asomar la sonrisa en nuestro semblante, á manera de una ráfaga de luz que atraviesa una nube lluviosa.

Ya nos permitían otra vez aquellos entretenimientos, que realzan nuestro sexo en la prosperidad y lo consuelan en la desdicha. Mi hermana, dirigiendo los primeros ensayos de mi hijo, enseñaba á su mano inesperta á sacar con el lápiz la imagen viva de su padre, y yo acostumbraba á mi hija á juntar su voz tierna y flexible con el eco de los instrumentos. Muchas veces sentada al piano, olvidando mi gran-

deza pasada y mi presente situacion, y entregándome al embeleso de una ilusion afectuosa, hacía que las teclas expresasen mis suspiros. Solía acompañar sus sonidos melancólicos con los de mi voz debilitada por los contratiempos, y mi familia atenta interrumpía solo con sollozos estas lamentables cantinelas.

ROMANCE DE MARÍA ANTONIETA.

¿Quién alivia de mi vida  
Los pesares y tormentos?  
¿Quién puede de mi triste alma  
Mitigar el desconsuelo?  
Tú, cuya adorada imagen  
Vive y respira en mi pecho,  
Y me hace hallar la dicha  
En este lóbrego encierro.  
Cuando tus reales manos  
Cargaron los viles hierros,  
Del rigor de tu mal hado  
¿Te quejaste acaso al cielo?  
Víctima de los tiranos,

Supiste con tu denuedo,  
Recibiendo muerte heroica,  
Trocar el cadalso en templo.  
Y yo, tu fiel compañera,  
¿Por mi suerte estoy gimiendo?  
¿Tendré á deshonra el suplicio,  
Al mirar tu ilustre ejemplo?  
No: mi corazon constante  
Merecerá eterno aprecio,  
Y nunca de tus verdugos  
Besaré sumisa el cetro.

Al tender sobre esta cárcel  
La noche su triste velo,  
Haz que mi espíritu ansioso  
Recobre el dulce sosiego:  
Muéstrame tu amada imagen;  
Y absorta, el fingido acento  
De tus labios escuchando,  
Mi dicha hallaré de nuevo.

Luis, ampara á los tuyos  
Desde ese celeste asiento;  
Pues tu hija, esposa y hermana  
Claman por un niño tierno,  
Que á pesar de los tiranos  
Que la Francia oprimen fieros,  
Es aun nuestra esperanza,  
Y será nuestro consuelo.

Sí, mi hijo iba creciendo para re-